

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 12 DE JUNIO DE 1932

NÚMERO 24



EL PRIMER MARTIR

Los discípulos iban multiplicándose y se suscitó una queja de los griegos contra los hebreos, porque no se hacía caso de sus viudas en la distribución diaria. Por esta razón los doce Apóstoles convocando la multitud de los discípulos, dijeron: "No conviene que dejemos nosotros la palabra de Dios, y sirvamos a las mesas. Escoged, pues, hermanos, de entre vosotros, siete varones de buena reputación, llenos de espíritu y de sabiduría, a los que encarguemos este servicio. Y nosotros atenderemos de continuo a la oración y al ministerio de la palabra."

Pareció bien esta proposición a toda la multitud y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, y otros seis, y orando pusieron las manos sobre ellos.

Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y milagros en el pueblo. Y como algunos judíos se hubiesen levantado para disputar con él, y no pudiesen resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba, se irritaron, y sublevando al pueblo y a los ancianos, se echaron sobre él y le llevaron al concilio. Y presentaron testigos falsos que dijese: "Este hombre

no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la ley. Porque le hemos oído decir que ese Jesús Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dió Moisés.”

Entonces, fijando en él los ojos todos los del concilio, vieron su rostro resplandeciente como el rostro de un ángel.

Entonces el sumo sacerdote dijo: “¿Es esto así?”

Y Esteban les habló de las cosas grandes y maravillosas que Dios había hecho por el pueblo de Israel y de la continua rebelión de ese pueblo contra la voluntad divina, y concluyó con estas palabras: “Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos; vosotros resistís al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.”

Al oír tales cosas, fueron heridos hasta el corazón y crugían los dientes contra él. Mas Esteban, estando lleno del Espíritu Santo, y fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra del Padre y dijo: “Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios.”

Entonces ellos, dando grandes voces, taparon sus oídos, y todos a la vez arremetieron impetuosamente contra él y, sacándole fuera de la ciudad, le apedrearon. Y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un mancebo que se llamaba Saulo. Mientras apedreaban a Esteban, éste oraba diciendo: “Señor, Jesús, recibe mi espíritu.” Y puesto de rodillas, clamó en alta voz: “Señor, no les imputes este pecado.”

Y dicho esto, durmió en el Señor.

El Nombre de Jesús

Es grato al caminante en noche fría
la alegre llama del hogar caliente,
grata al que corre bajo el sol ardiente
la fresca sombra de arboleda umbría.

Grato como dulcísima armonía
para el sediento el ruido de la fuente,
y grato el natal suelo al peregrino,
para quien sale de mazmorra impía.

Es grata, en fin, la lluvia al campesino,
[no,
grata al guerrero belicosa fama,
y grato respirar en libre ambiente

Pero más que aire, sombra, fuente,
[llama,
Lluvia, patria, laurel, ¡Jesús divino!,
tu Nombre es grato al corazón que
[te ama.

Gertrudis Gómez de Avellaneda.

¡ENCADENADO!

Una leyenda antigua nos habla de un hombre que, sirviendo al diablo, tenía la obligación de forjar cadenas. El hombre trabajaba con mucho afán. La cadena iba haciéndose cada vez más larga, pero el amo nunca se daba por satisfecho. Pedía cada vez más eslabones para su cadena. Por fin la creía bastante larga. La contempló, la pesó entre sus manos, y parecía satisfecho del trabajo del herrero. Este estaba esperando junto a él el pago de su trabajo. Después de haber examinado bien la cadena, el diablo la tomó y ató con ella al mismo herrero. Preso se lo

llevó. ¡El pobre hombre había tenido que forjar su propia cadena!

Esta es una historia muy triste, y seguramente pensaréis: menos mal que es un cuento, y viejo, además. ¿Pero qué diríais si yo os afirmo que esta historia se repite aún en nuestros días, y que, en realidad, es una historia de todos los días? ¡Cuántas personas hay que, como el herrero, fabrican su propia cadena!

No siempre son cadenas pesadas de hierro, también se puede atar y sujetar a una persona con cadenas finas de oro. Y tu y yo, ¿qué es de nosotros? ¿Acaso también somos herreros que forjan sus propias cadenas?

Yo conozco una cadena fina que otros no ven, y de la que acaso tu mismo no te des cuenta de que la llevas, y que sin embargo, te sujeta y te hace prisionero del diablo; es la cadena que nos forjamos con nuestros pensamientos. ¡Cuántos pensamientos malos y sucios no pasarán por nuestra mente en un solo día! Si nuestros pensamientos se transformasen en humo, muy a menudo de nuestra alma saldría una humareda fea y negra. Y si fuera posible retratar nuestros pensamientos y poner la fotografía en un escaparate de la calle principal, tendríamos que taparnos la cara de vergüenza por lo feo y asqueroso que sería el retrato de nuestros pensamientos. Un hombre piadoso ha echado una vez la cuenta de los pensamientos feos que resultarían si contamos diez por cada hora. En un día de diez y seis horas serían 160, en todo un año 60.000. Y en una generación de treinta y tres años resultarían

casi dos millones de pensamientos feos y malos.

¿Nos asustan estos números? ¿Nos damos cuenta ahora qué cadena más larga nos forjamos con ellos? Tenemos bastante motivo para temer nuestros pensamientos y horrorizarnos de ellos, porque todos sabemos, tanto jóvenes como viejos, los mayores y los pequeños, listos o tontos, pobres o ricos, que nuestros pensamientos son malos desde nuestra juventud.

Pero, ¿no hay remedio? ¿Tenemos que perecer en nuestras cadenas? En el siglo XVII vivía un hombre noble y piadoso, Vicente de Paúl. Este llegó un día a una galera en un puerto francés. Los remeros de esta galera eran presos. Atados con pesadas cadenas de hierro unos a otros, estaban sentados en los bancos y tenían que remar día tras día por el mar. Entre estos hombres, Vicente vió a uno con fino y triste semblante. Vicente preguntó qué crimen había cometido este hombre.

Le refirieron que era un cazador furtivo que había cazado repetidas veces en terreno prohibido, y que estaba condenado a seis años de trabajo forzado en las galeras. Cuatro años habían transcurrido ya. El hombre tenía en su pueblo mujer e hijos, que estaban en la última miseria. Si se encontrara a alguno dispuesto a ocupar su puesto en la galera, él saldría libre. Vicente miró al preso en sus cadenas y dijo: "Bueno, yo tomaré su lugar; libérrale de sus cadenas y dejadle ir. Yo remaré por él los dos últimos años."

Mirad, esto hizo un hombre por un pobre preso.

Para nosotros vino nuestro Señor Jesucristo. Nos vió en nuestras cadenas, contempló nuestra miseria, nuestras aflicciones, nuestra vergüenza y dijo: "Pues bien, desatadlos; yo quiero expiar por ellos, yo quiero llevar su culpa." Entonces rompió la cadena que habíamos forjado nosotros mismos, y que nos hace irremediabilmente prisioneros del diablo. Así obtuvimos la libertad y podemos caminar gozosos por la vía terrenal.

Tu cara no es tuya

—Hijo mío—dijo un padre muy prudente, que sabía jugar muy bien con su chico, y era como un buen compañero para él—, tu cara no te pertenece.

El niño le miró con sorpresa, había venido a tomar el desayuno con cara de pocos amigos, y había empezado a comer el pan refunfuñando. Sobre todos pesaba como una sombra el mal humor que se reflejaba en su cara. Las palabras inesperadas del padre le hicieron prestar atención, pero no comprendía su significado.

—Tu cara no es tuya—repitió el padre—, no lo olvides. Pertenece a otros, ellos son los que te ven y no tu, no hay derecho a obligar a los demás a tener que contemplar una cara descontenta y avinagrada.

El niño nunca se había fijado en este detalle, y no había mirado el asunto bajo este punto de vista, pero lo comprendió y no lo echó en olvido. Y nosotros todos debíamos comprenderlo y no olvidar que nuestra cara se la debemos a otros.

CORREVEIDILE

Hay niños y niñas a quienes les gusta mucho contar chismes de otros. Su placer es acusar a alguien, y, a veces, no sólo cuentan lo que han oído, sino que le añaden algo.

Para corregirse de este mal que muchas veces causa grandes tristezas, cierto niño se propuso hacerse siempre tres preguntas antes de repetir cualquier historia, fuera quien fuera la persona de que se tratase.

Las tres preguntas eran éstas:

¿Será verdad?

¿Será útil repetir la historia?

¿Será amable hablar así de esta persona?

Solamente cuando su conciencia podía responder afirmativamente a estas tres preguntas, repetía él lo que había oído.

Este niño es hoy un hombre, y da gracias a Dios por haberle inspirado tal regla de conducta, y por eso lo comunicamos a nuestros lectores.

¡Es tan feo ser chismoso!

(Del AMIGO DA INFANÇA, Febrero 1819.)

PENSAMIENTOS

El que tiene caridad tiene siempre algo que dar.

No es bueno el que no hace mal, sino el que hace bien.

Un adulator de sí mismo es el peor de los adultores.

El ingrato odia menos al que le daña que al que le favorece.

Caridad es perdonar, no transigir.